

ASCENSION AL TOROZO

FECHA: 29 DE AGOSTO DE 2019

DEFINICIÓN DE LA RUTA.-

Distancia: 11 km.

Dificultad: media – alta.

Duración: 5 horas

La ruta comienza en el puerto del Pico, tomando la pista que asciende, en moderada pendiente, por el ancho cordal oeste del Torozo. El itinerario de ascenso está bien balizado con marcas de PR, a través del cordal y entre piornos. Para el descenso se continúa por el ancho cordal oeste del Torozo a través de un senderillo con hitos que, más tarde, deja el cordal para marchar paralelo a él por su vertiente norte, hasta que el sendero desciende directamente por la vertiente norte del Torozo, desembocando en la pista de ascenso junto al Waypoint “dejar cordal”. A partir de aquí, se baja por la pista de ascenso, tomando algún atajo hasta llegar al punto de partida.

CRÓNICA

Esta vez no fijamos hora de salida sino la hora de llegada a la segunda plataforma del Travieso: 7 de la mañana. Luís Silva recogió a los senderistas de la ciudad y Bernardino a los que estaban en Urbanizaciones.

La mañana estaba algo fría, pero sin una sola nube en el firmamento. Durante todo el recorrido en el coche pudimos ir contemplando el amanecer. Todo hacía pensar que íbamos a tener un gran día de senderismo.

A las 7,10 estábamos tomando el café (gracias al termo de Sergio) y las pastas obsequiadas por Puri. Algunos utilizamos también la petaca de aguardiente que llevaba Jesús.

A las 7,30 comenzamos a caminar, tomando el primer sendero que encontramos y comandados por Jaime. No habíamos recorrido 100 metros y Jaime se dio cuenta que el sendero no era el correcto.

Campo a través comenzamos la búsqueda del sendero que subía al Calvitero, aunque no existía ninguna señal que lo indicara. En pocos minutos nos habíamos reconducido a la senda correcta, mucho más pendiente que el sendero inicial.

Jaime tomó la cabeza caminando despacio y a ritmo, lo que no impidió que algunos quedaran rezagados, sobre todo a causa de las fotos. Después de 20 minutos de marcha pedí un pequeño descanso para agruparnos. De esta forma, subiendo poco a poco y haciendo alguna paradas, en hora y cuarto estábamos en la fuente de la Goterita. Un cuarto de hora después estábamos arriba.

El sendero, además de ser cuesta arriba (450 metros de desnivel en un kilómetro), algunas veces se hacía intransitable debido a las escobas y las piedras existentes. Puri dio con sus huesos en el suelo por dos veces, lastimándose una pierna con heridas incluidas. El botiquín solucionó el problema: betadine, gasas, vendas y esparadrapo. Como nueva.

Las vistas desde el Calvitero y a esa hora de la mañana nos recompensaban del esfuerzo realizado. Allí quedaron olvidadas mis gafas de sol debido a un pequeño despiste. Cuando me di cuenta ya era tarde para volver a buscarlas. RIP.

Después de disfrutar durante un rato de las vistas desde el Calvitero, continuamos la marcha hacia la Ceja, previa parada en el valle para observar las Lagunas del Trampal. La parada fue muy corta puesto que suponíamos que desde la Ceja las vistas serían mejores, por lo que continuamos adelante acometiendo la subida a este Pico, punto más alto de la provincia de Salamanca.

Allí paramos otro ratillo, contemplando todas las vistas que se podían divisar, principalmente las montañas de Gredos y los valles adyacentes. Fotos para la posteridad.

Descansados del esfuerzo realizado, nos propusimos llegar al Torreón donde, por consejo de Jaime, habíamos decidido tomar el bocata. Al principio el sendero era transitable pero, a medida que nos acercábamos al valle previo a la subida, el camino comenzó a ser más escabroso. Piedras grandes que exigían un esfuerzo añadido a las rodillas para poder escalarlas.

Si el camino se había complicado algo, poco tenía que ver con lo que nos esperaba: el Tranco del Diablo. Una pared de 10 metros de desnivel que había que bajarla con la ayuda de una cadena. Junto a nosotros caminaban otros dos senderistas: padre e hijo, que se dispusieron a realizar la bajada. Bajó primero el padre y después, el hijo, seguido de Luis y Jaime. El hijo se bloqueó en medio del descenso y quedó inmóvil.

Visto lo visto, Puri dijo que no bajaba por allí. El joven, finalmente, consiguió descender. Luis y Jaime tuvieron que subir hacia arriba.

Todos juntos y retirados del Tranco del Diablo decidimos comer allí el bocata y, con fuerzas renovadas, acometer de nuevo el tema de la bajada por la cadena. Puri seguía en sus trece. No bajaría pensando que yo tampoco iba a bajar. Pero yo dije que si bajaba, salvo que se quedara ella sola, en cuyo caso la acompañaría. Bernardino también se ofreció a acompañarnos. Jesús no quería dejarla sola, con lo cual nos habríamos dividido en dos grupos. Finalmente, los razonamientos de Jaime y de Luis (que ya habían hecho una parte) y los deseos de todos los demás, la convencieron.

Regresamos al Tranco del Diablo. El primero en bajar fue Luis Silva, que descendió hasta abajo. El segundo fue Jaime que permaneció a dos metros del final para dirigir las operaciones de bajada de todos los demás. Después fuimos bajando todos los demás, quedando Manuel María a la cola.

La subida al Torreón resulto relativamente sencilla aunque también fue necesario hacer ejercicios de rodillas para atravesar algunos tramos. En poco tiempo estábamos en el punto geodésico que dividía las tres provincias: Salamanca, Ávila y Cáceres. Los paisajes que desde allí se

podían ver resultaban indescriptibles, aunque la parte más espectacular se encontraba en la provincia de Ávila.

Pensábamos que lo malo ya había pasado. Ahora tocaba bajar hasta los Dos Hermanitos y a Hoya Moros. ¡Qué equivocados estábamos! La bajada hasta los Dos Hermanitos la hicimos campo a través, pero sin problemas hasta el camino que conducía a Hoya Moros. Era ya tarde y todos desistieron de ascender a los Hermanitos.

El descenso hasta Hoya Moros fue impresionante. Piedras enormes. Saltar de unas a otras resultaba demoledor. Los abductores de Jesús se resintieron. Pomada milagrosa y a seguir.

Algún pequeño prado nos aliviaba un poco pero, de nuevo, volvían las piedras para acercarnos a la realidad, hasta que, por fin, llegamos a la pradera de Hoya Moros. Ya al final yo mismo sufrí un traspiés con una piedra que me hizo tirar al suelo al sentir un latigazo en el gemelo de la pierna izquierda. Alguno pensó que me había caído sin saber que, en realidad, me había tirado para evitar el tirón en la pierna.

El prado de Hoya Moros lo atravesamos por el medio hasta que las vacas nos echaron el alto. Era peligroso cruzar por el medio de ellas ya que había muchos terneros y alguna vaca se podría arrancar.

Decidimos rodearlas por la derecha. Los GPS informaban que el sendero iba más arriba.

El recorrido por la pradera tampoco resultó un camino de rositas, a pesar de la hierba. En el césped había demasiados hoyos y corrías el riesgo de dejar algún tobillo en alguno de ellos. Aparte de esto había mucha humedad, teniendo que estar totalmente centrado por donde pisabas. De vez en cuando realizábamos una parada para reagruparnos. Entonces podíamos apreciar todos los “picos” que habíamos dejado atrás. Los Hermanitos, vistos desde este punto, parecían dos paredes inexpugnables. El camino por donde los habíamos bajado parecía imposible de descender. Las moles del Torreón, inaccesibles.

Después de caminar gran trecho campo a través, gracias a los GPS ya los hitos logramos encontrar el camino de los escaladores que tanto

anhelábamos. Pero si creíamos que esta senda nos iba a salvar todos los problemas, estábamos equivocados. Se trataba de un sendero por el que había que caminar en fila india. Había tramos asequibles, pero otros eran intransitables. Una veces grandes piedras con continuas subidas y bajadas, otras plagadas de escobas que no te dejaban ver el sendero y otras las raíces de los arbustos y las pequeñas piedras, exigían plena concentración sin apartar la vista de donde ponías los pies porque en cualquier momento podías tropezar y caer al suelo. Cualquier torcedura o fractura podían resultar catastróficas. Las horas iban pasando más deprisa de lo que queríamos. No teníamos cobertura, por lo que no podíamos avisar al restaurante. El calor iba haciendo mella y el agua se iba agotando.

Los dos últimos kilómetros me los pasé pensando en la caída de Julio, en la Peña de Francia, a 50 metros de la meta. El calor, el cansancio y las trampas del sendero nos podían acarrear las mismas consecuencias que a Julio. Solamente la vista del embalse y alrededores, en los pequeños descansos que realizamos compensaban el esfuerzo realizado.

Por fin, a las 15,30, llegamos a la Plataforma. Habíamos caminado durante ocho horas. A mi parecer habíamos realizado la ruta mas dura de todas las que habíamos hecho hasta la fecha. Si solo hubiéramos llegado hasta la Ceja, habría sido mucho más satisfactoria puesto que habríamos disfrutado más de las amplias vistas desde las alturas. No obstante, podemos darnos por satisfechos por haber conseguido todos los objetivos y llegar sanos y salvos.

En el Travieso tampoco había cobertura. Luís Silva había llevado unas cervezas en una pequeña nevera. No nos dio tiempo a saborearlas. Era necesario llegar cuanto antes al Castañar. Al llegar a Candelario ya logré contactar con Juan Manuel que estaba con Amalia esperándonos en el restaurante del Castañar. Ya había hablado con Jesús y se lo había comunicado al dueño.

En 15 minutos estábamos en el Castañar. Cambio de calzado y camiseta, un buen chapuzón en la fuente y al restaurante. Allí nos estaban esperando Juan Manuel y Amalia. Eran las 4 de la tarde y el comedor

estaba prácticamente lleno. Nuestro temor a que no llegáramos a tiempo de la comida se había disipado, aunque algunos platos del menú ya se habían terminado pero había platos suficientes para elegir. La sed también se hacía notar. Todos pedimos cervezas con excepción de dos que se tomaron una botella de vino.

A la comida siguió una hora de sobremesa en una de las terrazas con los refrescos y cubatas de rigor. A las 19 horas levantamos la sesión y nos despedimos hasta la próxima. El trayecto hasta Salamanca sin ninguna novedad.